

me permitido le presentára el caballero, le di-
xo; Don Rogerio, estoy instruido del negocio
de honor que os trae á la Corte: Santillana
me ha dicho todas sus circunstancias: sosiégue-
guese Vmd. Vuestra accion es excusable, y S. M.
gusta de hacer gracia á los Nobles que vengan
su honor ofendido. Es necesario que por cere-
monia os pongais preso; pero estad seguro de
que no estaréis largo tiempo. En Santillana teneis
un buen amigo que se encargará de lo demas; él
apresurará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia
al Ministro, sobre cuya palabra se fue á poner
en la cárcel. Sus cartas de perdon fueron expedi-
das inmediatamente por mis cuidados. En me-
nos de diez dias envié este nuevo Telémaco con
su Ulises y con su Pelénope; en lugar que si
no hubiera tenido protector y dinero acaso hu-
biera pasado un año en la prision. De todo esto
no saqué mas que cien doblones: no fué este
lance muy provechoso; pero yo no era todavía
un Baron de Roncal para despreciarlo.



CA-

CAPITULO IX.

*Por qué medios hizo Gil Blas en poco
tiempo una fortuna considerable, y de
cómo tomó el ayre de persona de
importancia.*

Este negocio me engolosinó, y diez doblo-
nes que di á Scipion por su corretage, le ani-
maron á hacer nuevas pesquisas. Ya he celebra-
do sus talentos sobre esto, se le podia dar el
título del grande Scipion. El segundo peniten-
te que me llevó fue un impresor de libros de
caballería, que se habia enriquecido á pesar de
la razon y juicio. Este impresor habia contra-
hecho una obra de uno de sus compañeros que
se habia aprehendido. Por trescientos ducados
le desembargué sus exemplares, y le salvé de
una gruesa multa. Aunque esto no fuese de la
inspeccion del primer Ministro, S. E. quiso
por mi súplica interponer su autoridad. Des-
pues del impresor vino á mis manos un mer-
cader, y hé aquí su negocio: un navío Por-
tugues habia sido apresado por un corsario Ber-
berisco, y represado por otro de Cadiz. Las
dos terceras partes de mercancías de que estaba
cargado pertenecian á un mercader de Lisboa,
que habiéndome reclamado inútilmente, venia

TOMO III.

z

á

á la Corte de España á buscar un protector que tuviese bastante crédito para hacérselas dar. Tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me interesé por él, y atrapó sus efectos, mediante la cantidad de quatrocientos doblones.

Me parece que oigo al lector gritar en este punto: ánimo, señor de Santillana: ajústese Vmd. las botas, pues lleva gran camino para adelantar su fortuna. No, no dexaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar mi criado con un nuevo quidam que acaba de agarrar. Justamente es Scipion. Escuchémosle. Señor, me dice, permítame Vmd. que le presente este famoso Empírico; pide un privilegio para vender sus drogas por espacio de diez años en todas las Ciudades de la Monarquía de España, con exclusion de qualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de reconocimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dixé al charlatan haciendo del protector: id, amigo mio, vuestro negocio corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué patentes que le permitian engañar á todo el mundo exclusivamente en todos los Reynos de España.

Yo probé la verdad de aquel proverbio que dice que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que me sentia mas codicioso á medida que me iba haciendo rico, ha-

bia obtenido con tanta facilidad las quatro gracias de que acabo de hablar, que no balancee en pedir á S. E. la quinta. Esta era el Gobierno de la Ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava, que me ofrecia mil doblones. El Ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive Dios, amigo Gil Blas, me dixo: ¡cómo aprietas! Deseas con furor hacer bien al próximo. Oye: quando no se trate mas que de vagatelas, no haré juicio de ello; pero quando me pidas Gobiernos ú otras cosas considerables, si os parece, os quedareis con la mitad de la utilidad, y á mí me daréis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni quantos arbitrios necesito para sostener la dignidad de mi empleo, porque á pesar del desinterés que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera no cuidar de mi casa. Sírvate esto de regla.

Con este discurso me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me excitó á que continuase con mas empeño, y yo me sentí mas hambriento de riquezas que antes. Voluntariamente hubiera yo entonces hecho fixar un cartel que dixese, que todos aquellos que quisiesen obtener gracias en la Corte no tenían mas que dirigirse á mí; yo iba por un lado, Scipion por el otro, buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava

tuvo el Gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un Caballero de Santiago. No me contenté con hacer Gobernadores, dí Ordenes de Caballería, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con excelentes títulos de nobleza: quise tambien que la Clercía percibiese mis beneficios: conferí pequeños Curatos, Canongías y algunas Dignidades Eclesiásticas. En orden á los Obispos y Arzobispos era el Colator de ellos el Barón de Roncal, y ademas nombraba los Magistrados, Encomiendas y Virreynatos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños; porque los sugetos á quienes nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que hacíamos un tan honroso tráfico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertían en este punto á expensas nuestras; pero nosotros parecíamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo repasando su dinero.

Razon tiene Isócrates de llamar la intemperancia y la locura compañeros inseparables de los ricos. Quando me ví dueño de treinta mil ducados, y acaso en estado de ganar diez tantos mas, creí deber hacer una figura digna de un confidente del primer Ministro; alquilé una casa entera, que hice aderezar curiosamente; compré la carroza de un Escribano, que la ha-

bia tomado por ostentacion, y que procuraba deshacerse de ella por consejo de su panadero. Tomé un cochero, tres lacayos; y como es regular ascender á los antiguos criados, elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara, secretario y mayordomo; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fue que el Ministro llevase á bien que mis gentes traxesen su librea. Aquí perdí lo que me quedaba de juicio: no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, que quando á fuerza de haber bebido agua de cominos se pusieron tan pálidos como su maestro, se creían tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del Duque de Melar. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, ó quizá por uno de sus bastardos; cosa que me lisonjeaba infinitamente.

Añadid á esto, que quise como S. E. tener mi mesa de estado, y para este efecto encargué á Scipion me buscasse un cocinero, y me traxo uno que era casi comparable al del Romano Nomentano de golosa memoria. Llené mi bodega de vino delicioso; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias principié á convidar gentes. Todas las noches venían á cenar á mi casa algunos de los principales Covachuelistas de las oficinas del Ministro, los quales se apropiaban con vanidad la calidad de Secretarios de Estado. Les disponia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte (porque tal

amo

amo tal criado) tambien tenia su mesa en la despensa, en donde á costa mia regalaba las personas de su conocimiento. Pero ademas de que yo amaba á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar el dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo. Fuera de que yo miraba estas disipaciones como un joven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas; habia otro motivo para no cuidar de esto, y era que los Beneficios y los Empleos no cesaban de traer agua al molino: mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida faustosa. Creyendo habria vuelto de la Andalucía quise tener el gusto de sorprenderle; á este fin le envié un papel anónimo, en el qual le decia que un señor Siciliano de sus amigos le esperaba á cenar; le señalaba el dia, la hora y el lugar en donde debia encontrarse: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se espantó extraordinariamente quando supo que yo era el señor extrangero que le habia convidado. Sí, le dixé, amigo mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo un buen equipage, buena mesa, y sobre todo un gran caudal. ¡Es posible, exclamó con vivacidad, que te encuentre en la opulencia! ¡Quánto me alegro haberte colocado con el Conde Galiano! Bien te decia yo que aquel

aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que habrás seguido el sabio consejo que te dí de afloxar algo la rienda al mayordomo; sea enhorabuena: con esta prudente conducta se hacen poderosos los mayordomos de las casas grandes.

Dexé á Fabricio aplaudirse quanto quiso de haberme llevado en casa del Conde Galiano. Despues de lo qual, para moderar la alegría que manifestaba de haberme procurado tan buen puesto, le dixé con todas sus circunstancias las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado mis servicios; pero percibiendo que mi poeta cantaba entre sí la palinodia, le dixé: yo perdono al Siciliano su ingratitud. Hablando entre los dos, mas motivo tengo de felicitarle que de quejarme. Si el Conde no lo hubiera hecho mal conmigo, le hubiera seguido á Sicilia, en donde todavia le sirviera con la esperanza de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria confidente del Duque de Melar.

Estas últimas palabras sorprendieron tan vivamente á Nuñez, que en algunos instantes no pudo proferir una palabra. Despues rompiendo de golpe el silencio me dixo: ¿es verdad lo que oigo? ¡Qué, teneis la confianza del primer Ministro! La parto, le respondí, con el Baron de Roncal, y segun todas las apariencias yo pasaré adelante. En verdad, señor

ñor de Santillana, replicó, que os admiro. Sois capaz de ocupar toda suerte de empleos. ¡Qué talentos reunís en vos! O mas bien para servirme de una expresion á nuestro modo, poseeis un talento universal, es decir, que para todo sois adecuado. En quanto á lo demas, Señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ¡Oh, qué diablos, interrumpí, señor Nuñez, no tratemos de señor, ni señoría. Desterremos estos términos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero añadió, te confieso mi flaqueza; al oír tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fue interrumpida por quatro ó cinco Covachuelistas que llegaron: señores, les dixé, mostrándoles á Nuñez, Vmds. cenarán con el señor Don Fabricio, que hace versos dignos del Rey Numa, y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía que pusieron amarillo al poeta: apenas se dignaron mirarle; por mas que dixó cosas muy delicadas para atraerse su atencion, no le escucharon: se picó tanto que tomó un permiso poético; se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros Covachuelistas no percibieron su retiro,

y

y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

A otro dia por la mañana, quando me acababa de vestir, y me preparaba para salir, el Poeta de las Asturias entró en mi sala: perdóname, amigo mio, me dixó, si he ofendido á tus Covachuelistas; pero hablando con franqueza me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Me son muy fastidiosos personajes tan presumidos y almidonados. No comprehendo como tú que tienes un entendimiento tan delicado puedes acomodarte á unos convidados tan groseros. Yo quiero desde hoy traerte otros mas vivos. Me darás, le dixé, mucha satisfaccion, y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo genios superiores, y mas entretenidos. De paso llegaré á una botillería, en donde se juntarán en un instante; los apalabraré para que no se contraigan, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Diciendo estas palabras me dexó; y á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos bellos ingenios sobrepujaban á los de la Grecia é Italia, y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á estos señores muy políticamente, aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Quando no hubiera encargado á Scipion que la cena

TOMO III.

AA

fue-

fuese abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa muy alegremente. Mis poetas principiaron á hablar de sí mismos, y alabarse. El uno citaba con vanidad los Grandes y las Señoras á quienes era agradable su musa: el otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comia me asesinaron con versos, y con prosa: cada uno de ellos recitaba segun su turno algun trozo de sus escritos: el uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el quarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos Españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se há servido de un término impropio. El autor de la traduccion definiendo lo contrario: de aquí nace una disputa, en la qual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa, y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo en qué nos vimos de ponerlos en paz. Quando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna; sin darme la menor excusa de su impolítica.

Nu-

Nuñez en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida, quedó muy aturdido de la aventura: y bien, le dixé, mi amigo, ¿me celebrareis todavía vuestros convidados? A fé mia que me habeis traído unas gentes bien groseras. Aténgome á mis Covachuelistas, no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, estos son los mas razonables.

CAIPTULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas con la Corte: de la comision que le confió el Conde de Sumel, y del lance en el qual él y este Señor se metieron.

Luego que se supo que el Duque de Melar me amaba, tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de gentes. Las unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al Ministro, y las otras para excitarme con súplicas á sacarles *gratis* lo que pretendian. Los primeros tenian la seguridad de ser escuchados y bien servidos. En órden á los segundos me desem-

AA 2

ba-